

—No puede pasar. Aborrezco el mundo que me ofreces, ya no me conoces, ya no soy el Esteban que conociste.

—Ya es tarde; mi decisión es firme. A mí misma me lo he jurado. ¡Todo es inútil!

—¡Piensa lo que haces!

—Ya lo pensé. ¡Imposible! Nuestros caminos son diferentes. Eres un Urbina, eres un Aliaga. Soy una profesora que da lecciones de piano. Tu mundo, Esteban. Cástate con Alma.

Se oyeron lejanas unas palmadas lentas, sonoras. Era la hora de cerrar el Museo y aquellas palmadas, que los vigilantes iban repitiendo de sala en sala, eran el aviso para que los visitantes se marcharan.

Las palmadas sonaron más cerca, lentas, sonoras.

El viejecito dió también unas palmadas suaves, discretas; allí no había visitantes. Sólo había dos seres dolientes, atormentados como figuras de tablas del siglo xv.

El viejecito, sacudiendo las mangas de anchos galones, repitió las palmadas un poco más fuerte.

CAPÍTULO VI

Salieron juntos del Museo y en el amplio rellano de la escalinata se detuvieron un momento vacilantes. Desfilaron junto á ellos otros pintores y pintoras que salían con aire de cansancio y hollados los rostros por la fatiga de un vivir doliente; casi todas las pintoras eran extranjeras de cuerpos largos, alanzados, flacos, que salían con paso resuelto, mirando ansiosamente hacia adelante. Algunas llevaban en la mano la caja de colores ó una bolsa grande que, al andar, con las recias zancadas se balanceaba.

La tarde era de comienzos de primavera, de la veleidosa y tornadiza primavera madrileña. El ancho espacio que abarca la vista desde la meseta del Museo, estaba inundado de una luz rojiza, acaramelada, que presagiaba el lento caer de la tarde.

—Ven al Retiro—dijo Esteban.—Hablaremos despacio.

—No; despidámonos aquí; yo no puedo ir; tengo lecciones.

—Pues yo no me despido de esta manera.

—Lo que quieras. No te despidas.

—¿Pero tú?..

—Ya lo sabes; ya te lo dije. ¿Por qué me obligas á repetirlo?

—Porque no logras convencerme.

—Convécete.

—¡Si es un absurdo! ¡Si tú misma habrás de arrepentirte!

—Eso no será nunca. Pues qué, ¿no me conoces? Sabes que soy firme.

—No; es mentira, no eres firme; eres cambiante como veleta. ¡Firme! ¿Acaso no prometiste quererme siempre?

—Lo cumpliré; lo estoy cumpliendo; te estoy dando la prueba más grande de mi cariño. Eso sí; eso siempre.

—¿Entonces, Guillerma?..

—Adiós, Esteban. Mira, también de aquí van á arrojarnos; va-

mos á parecer al Adán y Eva, del cuadro que copias, arrojados del paraíso—dijo la de Torrecilla queriendo mostrarse jocosa para cortar la entrevista de un modo placentero.

Un vigilante de largas barbas cerraba entonces la formidable puerta del Museo; oyóse fragor de ferretería, la crepitación de un manojó de llaves. Aquellos ruidos impulsaron á la pareja á bajar la tendida y ancha escalinata; bajábanla despaciosamente, parándose escalón por escalón, repitiendo el mismo tema, él insistente, ella obstinada.

Aún faltaban algunos escalones cuando Guillermina, volviéndose rápidamente hacia Esteban, tendiéndole la mano, con voz agitada, con ademán nervioso, dijo:

—Es muy tarde, tengo prisa. Adiós, Esteban.

Y sin darse cuenta, por impulso instintivo, Aliaga retuvo la mano de la Torrecilla entre la suya, con presión vigorosa. Le dijo al mismo tiempo:

—Mañana mismo voy en busca tuya.

—No me busques. No me obligues á mostrarme huraña, cruel, contigo. No quisiera serlo, pero lo sería si me obligaras.

—Sólo te pido que me expliques esto. Que sepa yo quién se ha impuesto á tu voluntad débil.

—Nadie, nadie... Es lo que debe ser. Acuérdate de Alma, serás feliz con ella; te quiere mucho. Adiós, Esteban.

Con un tirón brusco, enérgico, se desasíó de la garra de Aliaga; dió cuatro saltos, hallóse en terreno llano y comenzó á caminar con paso vivo, agitado, sin volver la vista.

Esteban, asomándose de pechos en el barandal de piedra, la vió alejarse, siguiéndola largo espacio con la mirada, hasta perderla de vista.

Después aún permaneció allí, insensible á todo, como si la voluntad y el pensamiento se hubiesen paralizado al duro golpe de la emoción sufrida. Oyó pasitos suaves de alguien que descendía lentamente la escalera y volvióse á mirar sin curiosidad, maquinalmente. Era el viejecito, guardián de las tablas del siglo xv.

El verle sin uniforme produjo en Aliaga un efecto muy extraño:



En el amplio rellano de la escalinata se detuvieron un momento vacilantes

con su ropa negra, muy cepillada, con un sombrero de color verdoso, el vejete era otro hombre. Quitarse los galones era quitarse cierta solemnidad aparatosa; le pareció más viejo, pero de una vejez distinta, más sana, más alegre, más juvenil, si de una vejez pudiera decirse esto.

Miróle el guardián con sus ojillos tiernos, y parándose á su lado le dijo:

—Ahora ya, para casita.

En esta breve, sencilla frase, descubrió Aliaga un fondo insondable de placidez, de ternura, de vida candorosa, dulce, caliente. Sintió algo que le pareció al pronto envidia profunda.

El guardián siguió bajando con su paso vacilante. Esteban bajó poco después y fué detrás de aquel hombre que iba á su casita; hallóse poseído de un intenso deseo de unirse á él, de saber de su vida y de que él supiese de la suya tan vaga, tan vacía de realidad, tan incoherente.

Dos ó tres veces aceleró el paso para seguir á aquel viejo cuyo espíritu estaría saturado de la placidez con que él se figuraba al siglo xv. Seguramente que si le contase sus desdichas hallaría en aquel pecho un caudal nuevo de palabras consoladoras.

Iban los dos por el paseo del Botánico, ya lúgubre y sombrío á aquellas horas bajo las copas de los árboles que comenzaban á hojecer. Lo animaban con ruidos pasajeros los coches, los ómnibus que van y vienen de la estación del Mediodía al apresurado trote de los caballos; iban aquellos coches balanceándose con el alto peso de los equipajes. Dábanle á Esteban la impresión de gente que marcha, que tal vez huye de un sitio en busca de otro sitio mejor, más placentero. Olvidándose un instante del viejo, sintió impulso de meterse en uno de aquellos ómnibus, de trocar súbitamente su persona por la de uno de aquellos viajeros. «Sean cuales sean sus vidas, sus pesares, sus desdichas, ello es—decíase Aliaga—que todos llevan caras alegres, animadas por la suave emoción de la partida.»

Era un ansia angustiosa de impresiones nuevas, distintas de las impresiones cotidianas, la que llenó su espíritu. No quería mi-

rar hacia atrás en su vida, que le pareció en aquellos momentos esteparia, triste, infecunda. Hubiera querido en aquel instante sentirse fuerte para ejecutar uno de esos actos impensados, temerarios, de los que no se sabe adónde conducen para que al volver en sí, al reanudar el pensamiento sereno, hallase ya rota, indefectiblemente truncada, la dura cadena de su vida seca, opaca. Aquel ir y venir de los coches y de la gente distrájolo de tal modo que parecía un hombre insensible á todo lo que no fuese el ruidoso ajeteo.

Y entre tanto el viejecito iba delante, lentamente con su paso torpe, inseguro. De pronto Aliaga creía perderle de vista, buscábale de lejos con la mirada y allá daba con él marchando trabajosamente.

Al llegar á la calle de Atocha el vejete se dirigió hacia ella disponiéndose á subir la áspera pendiente; el pintor se detuvo dudando entre seguir al guardián y emparejar con él ó bajar hacia la estación, en donde se oía el agudo silbar de locomotoras: los dos caminos le tentaban.

Al fin, sin saber por qué, emprendió cuesta arriba la calle empinada, de vulgar y plebeyo caserío. Alcanzó al que perseguía y púsose á su lado diciéndole en tono amistoso, como si hablase á un camarada:

—Adiós, buen hombre. ¿Adónde vamos?

El buen hombre quedóse atónito viendo á su lado al copista. Sonrióse, miróle muy tiernamente y respondió:

—Ya sabe usted; á mi casita.

—¿Qué casualidad! Me parece que llevamos el mismo camino.

—¿Usted no vivirá por estos barrios?

—No; yo no vivo por estos barrios, pero tengo un amigo. Está enfermo, voy á verle.

Sintió la necesidad imprescindible de salir por aquella candorosa mentira, temeroso sin duda de que el viejo comprendiese la inocente maniobra de su seguimiento.

El guardián se metió por una callejuela angosta, y de ésta pasó á otra aún más angosta y más honda. Y á otra después. El pintor seguía á su lado.

—Vaya, vaya. Pues hoy no le dejaron trabajar—le dijo el viejo con aire socarrón y bondadoso. Y al decirlo, mirábale con mirada soslayada.

—Trabajaré mañana.

—¡Je, je! Si le dejan.

—Mañana, sí, me dejan.

—No, si yo no digo... Es guapa, guapa. Son el demonio, ¿verdad, señorito?

El recuerdo vivaz de Guillermina acudió á su memoria brusca-mente, como si diese con él duro golpetazo. Parecía haberse borrado aquel recuerdo; sentía inquietud, desasosiego, pena, amargura; pero lo cierto es que él no pensaba concretamente en ella y las palabras del viejecillo la evocaron con fuerza tal, que creyó tenerla delante.

—No sabe usted, buen hombre...

—Sí, sí, comprendo.

—No es fácil.

—Sí, muy fácil; comprendo. Nada; usted, duro; usted en su puesto. Ella querrá..., claro; todas son lo mismo. Déjela usted que porfie, déjela usted que llore; no haga usted caso. ¡Je, je! No hay que ablandarse.

La angosta callejuela estaba llena de chiquillería pululante y alborotadora.

—Verá usted—dijo el viejecillo,—por aquí andarán mis nietas.

—¿Vive usted en esta calle?

—No, señor, en esa de más abajo.

Eran todas lo mismo: filas apretadas de caserío mezquino en el que se cicatea el terreno, y hasta el aire y la luz parece que se tasa; allí vive la humanidad en un contacto que no es roce social, sino áspero frotamiento; y la vida, falta de amplitud dentro del hogar, se desparrama al medio de la calle, que también es pequeña para contenerla.

Andaban los dos difícilmente, salvando obstáculos que interceptan el paso del transeunte. Estas miserables vías madrileñas no tienen de tal más que el nombre, un nombre estrambótico que

la tradición ó el capricho les plugo darles. Son, en realidad, vertederos á los que se arroja cuanto sobra en los hogares, empezando por las personas mismas, que es allí lo que más estorba.

Aliaga y el vigilante salvaban aquí una silla, allí una colchoneta, más allá un rapazuelo barrigudo, tirado en mitad de la inmundada acera. Parecía imposible que pudiera vivir en tales parajes un hombre que guardaba las pulcras tablas del siglo xv; aquellas parecían moradas de porqueros. Esteban, distraído otra vez el pensamiento, pensaba en el violento cambio que el viejecito sufría cotidianamente al pasar de las representaciones flamencas, italianas, al gran cuadro naturalista de tales callejuelas.

Llegóseles dando saltos una rapazuela de carilla graciosa, con ojuelos que destellaban travesuras, lo que poco después habría de trocarse en malicia procaz y descarada. Estaba sucia, con un delantal astroso, y cayendo sobre la frente mechones de pelo lacio; uno de ellos tenía atado por un cintajo rojo que parecía una raya de sangre sobre la frente.

—Ahí la tiene usted—dijo el guardián.—Es la menorcita; es la más lista; sabe más que Lepe.

Y la rapazuela, puesta delante, se reía, abriendo su boca rasgada de labios finos, intensamente pálidos, casi blancos.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Esteban.

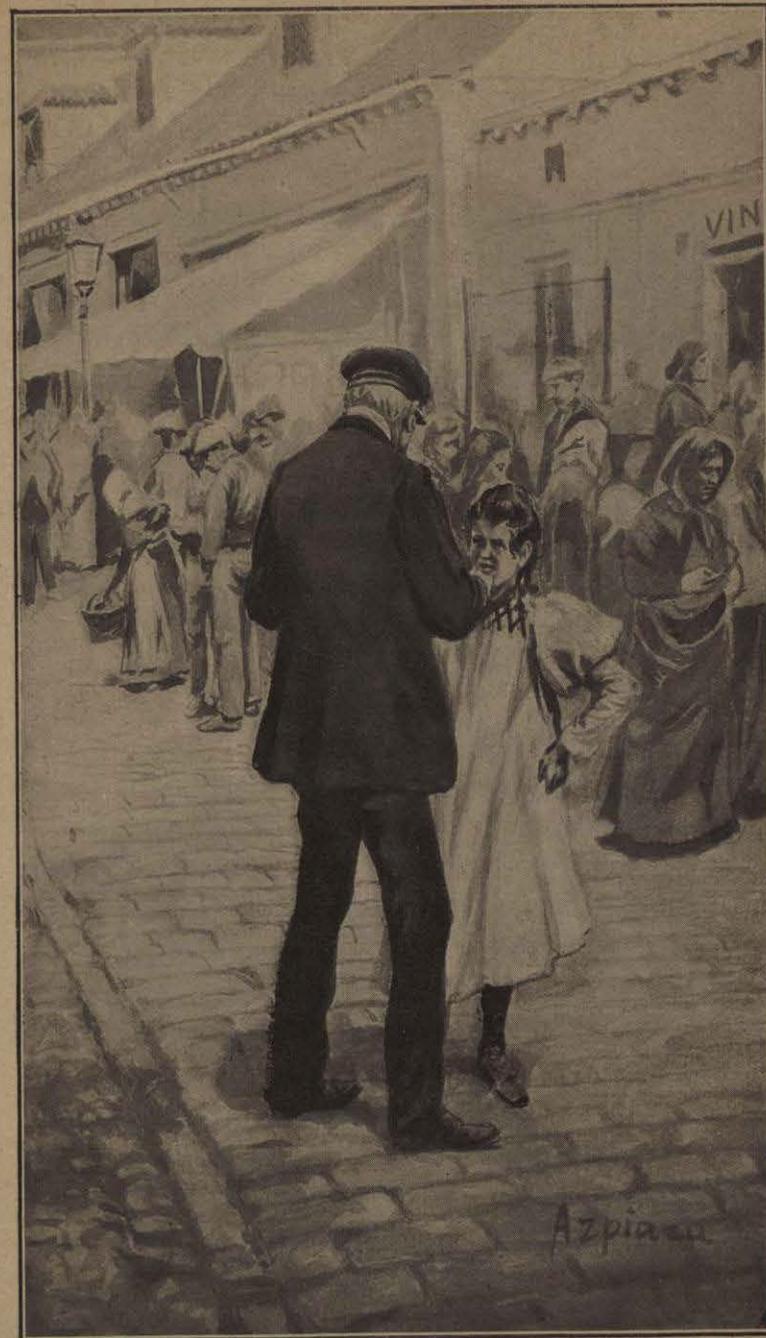
—La *Garnacha*—respondió ella con aplomo de hembra que se jacta de haber perdido el nombre de pila.

—No le haga usted caso—dijo el viejo.—Ese es el nombre del barrio; se lo pusieron porque es muy mala y le da por decir que ella es frutera y atolondra la calle gritando frutas, hortalizas; lo que más le da en gritar es eso de *garnacha*.

Y la chicuela dió un grito metálico, tajante, poderoso, diciendo: —¡Garnacha!

Enrojéosele el rostro con el esfuerzo, que pareció á Esteban un desgarrón del gaxnate. Luego miró á su abuelo, riéndose bobamente.

—Vamos, dile al señorito cómo te llamas. Mira, el señorito es pintor y te va á sacar un retrato.



Llegóseles dando saltos una rapazuela de carilla graciosa...

—¿Y saldrá en los papeles?

—¿Ve usted?—exclamó muy gozoso el viejo, mirando á Aliaga.—De todo sabe. Y eso que no ha ido al colegio.

Aliaga comenzó á sentir repugnancia de aquella escena y de aquel sitio; era que el recuerdo, el doloroso recuerdo volvía otra vez á la memoria desgarrador, tajante como el pregón de la *Garnacha*.

Cuando la rapazuela vió que ya no le hacían caso, dijo:

—Yo me llamo Carmen; para lo que mande el señorito.

—¿Nunca fuiste al Museo á ver á tu abuelo con muchos galones?

—¿Adónde dice?

—Al Museo de pinturas.

—Déjeme á mí. Yo he ido á la plaza de la Cebada. ¿Usted ha ido? ¿A que no ha ido? Fui con la Engracia que vive ahí en la esquina y es placera; me llevó una vez á que lo viese. Usted no lo ha visto. ¡Dios, lo que es aquello! No tiene comparación con nada. Yo seré placera. ¡¡Garnacha!!

Y el estridente, el metálico grito, volvió á rajarse el aire, sonando con vibración aguda de clarín de guerra.

Una tristeza pesada cayó sobre el alma de Esteban; el viejo sonreía, satisfecho de la potente garganta de su nieta.

Llegaron á una puerta en donde, parándose, el guardián dijo:

—Esta es mi casita.

—Bien, bien; pues hasta mañana—exclamó, queriendo despedirse precipitadamente.

—Si usted quiere, ya sabe.

—Ya, ya. Volveré otro día. Hasta mañana.

Y emprendió, ya solo, la marcha calle arriba, andando lentamente como si el tardo viejo fuese aún á su lado. Le pareció muy extraña aquella caminata por aquellas calles para él desconocidas. «Si llegué hasta aquí tontamente, sin pensar en lo que hacía—se dijo á sí mismo Aliaga;—y ahora no sé salir de esta maraña de calles, pero no importa; ya iré saliendo. Después de todo, me gusta este saborcete de lo desconocido.» Y andaba sin saber ha-

cia dónde, lentamente. De pronto, oyó lejos resonar vigoroso el clarín guerrero: «¡Garnacha!» Parecía alejarse, desvanecerse.

Aquel grito plebeyo era como acicate que agujoneaba su memoria: cada vez que rompía, el recuerdo de la escena del Museo y, sobre todo, el rostro de Guillermina poníasele delante, mirábale con fijeza perturbadora. Conforme iba distraído por la intensidad de sus pensamientos, no era fácil que nada externo le apartase de ellos, y, sin embargo, al volver una esquina, quedóse de pronto parado: Agueda Torrecilla estaba delante de él.

Saludáronse los dos con esa indefinible expresión de recelo que sugiere la mutua desconfianza.

Agueda, por allanar la situación embarazosa, fué la primera en hablar explicando adónde iba por aquellos parajes.

—Voy á ver mi visita que tengo abandonada.

—¿Sus pobres?

—Eso, mis pobres. ¡Mire usted que yo visitando pobres!.. Dijo la sartén al cazo. ¿No le parece á usted, Aliaga?

—Puede ser; todos estamos lo mismo—prorrumpió Aliaga sin saber claramente lo que decía.

—No tanto: usted con sus pinceles...

—Buenos están mis pinceles.

—Pero nosotros... Gracias á las lecciones de Guillerma. ¡Si no fuera por eso!

—¿Si no fuera por eso?..—dijo Aliaga esperando impaciente la respuesta.

—Muertos de hambre.

Esta frase, dicha con tono lúgubre, se le clavó á Esteban en el corazón como una espina.

Por llevar la conversación por otro rumbo, preguntó algo á la Torrecilla andariega y trotona:

—¿En dónde tiene usted la visita?

—Allá abajo, por los barrios pobres.

—¿A qué llama usted pobres? ¿Más que éstos?

—¡Ay, Dios mío! ¡Si estos son barrios de lujo! Esteban la miró creyendo que se burlaba.

—Créame: aquí todas son gentes acomodadas. ¡Ay, Dios! ¡Ya quisiéramos!

—¿Es posible?

—Es seguro. Mire usted, por aquí habitan todos los que viven chupando el nutritivo jugo que segrega una ciudad grande y populosa, aunque sea pobretona, como esta.

—Sí, mire usted que ese jugo...

—Pues sí, señor: aquí las planchadoras, aquí las costureras, aquí las últimas capas de la espesa burocracia, aquí las grandes matronas que tienen en las plazuelas cada puesto que parece un trono, aquí los mil oficios que se ramifican y se bifurcan en otros mil oficios diferentes y que son varios y diversos en cada casa. ¿Quiere usted entrar en una? Verá lo curioso, lo interesante, y al mismo tiempo verá la sana alegría de estas vidas, amplias, desahogadas y algunas veces ostentosas en medio de su aparente pobreza.

—Es que viven con poco.

—Tal vez nosotros vivimos con menos y estamos más cabizbajos, más taciturnos.

—Tiene usted razón, Agueda.

—Lo que le digo: muertos de hambre.

Volvió á resonar la frase lúgubre; se clavó un poco más la espina en el corazón de Aliaga.

—Si nos quitásemos de encima las penas, ¿verdad, Agueda? Creemos que las penas las da la miseria y yo voy creyendo que es lo contrario.

—Mire usted: de todas las pobres que visito, la más triste soy yo.

—Sí, sí; en esta sociedad los más tristes somos nosotros; nosotros somos los que subimos trabajosamente por el calvario.

Un aire de tristeza y de pesadumbre parecía haber envuelto al pintor y la trotona. Agueda, después de un momento de vacilación, dijo:

—El calvario de usted acaba pronto.

—Pronto... ¿Por qué?